

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



233

EL CONSUMISMO: ese arma de destrucción social masiva

Desde finales del sXX, la centralidad social ha ido pasando del mundo trabajo al del consumo. Las personas trabajadoras se perciben a sí mismas como clase media y construyen su identidad a través de lo que consumen. Al exigir bienes y servicios más baratos, horarios comerciales eternos o acceso online y a crédito a cualquier compra, estamos serrando la rama que nos sostiene. Consecuencias de un proceso inducido de cambio cultural, éxito inapelable (al menos hasta el momento) de la “revuelta de las élites” de los 80.

La actual esclavitud “voluntaria”; que nos ata a trabajos precarios y a deudas eternas y que, tras habernos despolitizado, consigue que sólo nos culpemos a nosotras mismas de nuestra situación y que no nos organicemos para cambiarla; es el sueño de cualquier capitalista.

¿CÓMO SURGIÓ ESTE MODELO?

En España el proceso fue acelerado respecto al resto de Occidente, pero con similar resultado final. Los años 70 y 80 fueron de gran agitación y lucha frente a los efectos de la crisis petrolera y de la salvaje reconversión industrial de los primeros años del PSOE; la muerte de Franco se notó poco o nada en las políticas económicas; la inflación se disparaba, los salarios no subían y los despidos y cierres de empresas eran continuos.

Las élites económicas no iban a permitir que sus proyectos “liberalizadores” descarrilaran. Las estrategias fueron muchas, como la introducción de la heroína, que destrozó a una generación de jóvenes de clase trabajadora. O toda la represión al movimiento libertario, difamación, encarcelamientos absurdos, asesinatos... Desactivar al sindicalismo fue una prioridad, tanto aquí como en el Reino Unido y en muchos otros países.

En paralelo hubo políticas de zanahoria, de pequeñas concesiones que facilitaban la vida y desmovilizaban. El franquismo ya lo puso en



CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO CGT

práctica, favoreciendo el acceso a la propiedad de una vivienda a quienes no habían tenido nada y que ante la posibilidad de perder esos pisos, se hicieron mucho más conservadoras.

En los 80 vino en forma de consumo fácil. Cuando el poder adquisitivo de las personas retrocedía por primera vez desde la guerra comienzan a aparecer las tiendas de todo a 100. Quienes veían mermar cada vez más sus ingresos, encontraron un lugar donde comprar aquello que necesitaban a precios irrisorios. Y con lo barato que era todo, algún capricho caía. La era del consumismo había llegado para quedarse. Los sueldos no subían, cada vez había menos empleos fijos, pero podías comprar muchas cosas a 20 duros y así hasta pensar que ganabas más. Si todo iba bien, ¿para qué salir a la calle a reivindicar mejoras laborales? ¿Para qué preguntarse de dónde venían todos esos productos tan baratos?

Conforme se abrían tiendas de todo a 100 en cada esquina, iban desapareciendo los negocios de toda la vida, los de nuestras vecinas. Nadie pareció darse cuenta de que eran el último bastión de unos sueldos dignos, los suyos, pero también de los productos que vendían, más caros porque provenían de nuestras fábricas, pagaban nuestros sueldos.

En los 90, los todo a 100 pasan a ser “el chino”. El cambio de dueños tuvo un alcance que tampoco nos paramos a valorar hasta que fue demasiado tarde: sus horarios. Descubrimos lo cómodo que era bajar a comprar cualquier cosa a cualquier hora, y no tardaron mucho en ofrecer parecidos horarios las “tiendas expres” de cadenas españolas, ofreciendo contratos con esas condiciones a quienes más necesidad y flexibilidad personal tenían, abriendo la vía de la doble tabla salarial.

Mientras los artículos de uso habitual para el hogar fueron sustituidos por otros de baja calidad que había que renovar periódicamente, en el ámbito de la moda, convivían los productos “del chino” con los de marcas de prestigio que ofrecían “calidad” a quien pudiera pagársela. Estas empresas no perdieron la oportunidad de conseguir precios más bajos una vez que las redes de la globalización se consolidaron, aunque continuaran manteniendo los precios; y así comenzamos a ver que en las etiquetas de marcas locales aparecía “made in China, Bangladesh...”

Se llevaron la manufactura de los productos a donde los salarios fueran más baratos y las condiciones laborales más laxas para incrementar los beneficios de aquellas empresas que, cada día más, eran una telaraña de corporaciones y cada día pagaban menos impuestos en nuestro país.

Nos convertimos en un país de ladrillo y turismo. Trabajo precario y en la zona oscura de la normativa laboral.

En los barrios continúa habiendo “chinos”, pero para todo lo demás ya es difícil que tengas oferta en el barrio, las tiendas se concentran en centros comerciales, donde se han instalado, vayas donde vayas, las mismas cadenas que ofrecen los mismos productos.

Diseñados para ir en coche y pasar el día en familia: con calefacción y aire acondicionado, puedes hacer la compra, adquirir cualquier cosa que necesites –o no-, comer, y ofrecen ocio con bares, multicines, boleras, zonas de juego para criaturas... Sus horarios se alargan cada día un poco más, presionando sobre el personal que no tiene más remedio que aceptarlo. Hay un colectivo de mujeres, dependientes de establecimientos de toda la vida con contratos estables, de mediana edad y cargas familiares, que no pudieron asumir las nuevas condiciones. Uno de los mayores ertes encubiertos, una nueva ola de paro y precariedad impuesto por un sistema neoliberal cada vez más voraz.

A pesar de eso, ni siquiera los trabajos precarios de centros comerciales o “chinos” están a salvo, la compra online también los está poniendo en riesgo. Repartir paquetes en bici sin contrato es otra de las pocas opciones laborales que quedan para quien tiene menos posibilidad de elegir.

Igual deriva ha ido tomando la alimentación, a lo largo de estos años hemos ido perdiendo soberanía alimentaria. Los supermercados imponen precios a pérdidas a los pequeños productores para hacerse con sus negocios; juegan con los precios hasta arruinar a la competencia; dejan pudrir productos en el campo mientras los traen de países donde pueden conseguir mejores precios a costa de la explotación del personal y de la falta de controles sanitarios y nos ofrecen como alternativa barata productos ultraprocesados envueltos en mil plásticos, perjudiciales para nuestra salud y la del planeta.

Hemos pasado de pequeños negocios agrícolas, ganaderos, de elaboración de alimentos y comercio, con trabajos duros pero estables y dignos, a macroexplotaciones en las que las condiciones laborales vuelven a ser casi de esclavitud en el campo, y de precariedad e inestabilidad en las ciudades.

Otro capítulo merecería el ocio y el turismo, que convierte el arte y a nuestras calles en objetos de consumo y sube el precio de las viviendas hasta límites inasumibles.

Desde los 80, nuestro modelo económico ha sufrido un cambio abismal. Además de haber adquirido hábitos consumistas cada vez más compulsivos, el capital se ha ido concentrando, sometiendo a cada vez más gente a condiciones laborales y vitales cada vez peores. Y las administraciones hacen todo lo posible para que la rueda siga girando: bonos consumo, bonos transporte, bonos escuela, bonos vivienda, bonos ocio joven, fondos next generation... Todas medidas enfocadas a acelerar el consumo, no a satisfacer necesidades.

Son muchas las razones que nos empujan a seguir la línea trazada por el sistema, pero terminar con la deriva autodestructiva del neocapitalismo conlleva romper con las inercias que nos impone, ser conscientes de que nuestra capacidad de decisión es mayor de la que muchas veces pensamos. Si somos ya más consumidores que productores, quizás dejar de consumir sea lo más revolucionario.

Graeber decía que el anarquismo no es una identidad sino una actividad: demostrar la viabilidad de los principios anarquistas en la práctica de la vida diaria.

Es difícil cambiar nuestros hábitos de un día para otro, pero sí podemos empezar por probar poco a poco (¿por qué no en fiestas?) y un día nos daremos cuenta de que hemos retomado la capacidad de decidir qué consumimos y cómo, y en el camino tejer redes, crear comunidad.